

La plaza expectante

per Enrique Fajarnés Cardona

La ciudad vieja ofrece tres plazas, como descansillos, al que sube desde la *Marina*. La primera es la *Plaça de Vila*, que se alcanza una vez subida la cuesta del Rastrillo y pasado el patio de armas. El baluarte de San Juan la despega del arrabal mariner. La limitan pequeñas casas, vestigios de murallas, la comba de una torre empotrada, los bajos de la sala de armas, que no hace mucho estaba aún rumorosa de caballerías.

Allí los matarifes de la ciudad, hombres bebedores y bravios, que en la plaza holgaban, reñían y corrían becerros. Una fotografía de principios de siglo muestra un grupo de tipos populares, donde destacan chiquillos de aire revoltoso y alguna campesina con un cántaro en la ijada. Todos expectantes ante el fotógrafo, que los enfoca desde el Pílon.

Esa expectación parece ser nota constante de la plaza. Por su cabo del poniente se adelgaza en la cuestecita que lleva al barrio del *Portal Nou*. Pero, por el extremo opuesto, pasan las gentes que transitan de una ciudad a la otra: la alta y baja. Un muro con una bola de piedra en el extremo, el Pílon, avanzado en la plaza, obliga a entrar en ella para abandonarla en seguida, a mostrarse, sucesivamente, de pecho y de espalda. Algunas mujeres, azoradas, tuercen el Pílon con paso inseguro...

En algún otro punto de la ciudad, donde se impone una vuelta, hay esas esferas de piedra. La de la *Plaça de Vila* recibió las manos de veinte generaciones, casi como reliquia. No suelen, sin embargo, llegarle manos blancas. Pero es lugar de encuentros, saludos y charlas. En él se cruzan los que suben a la ciudad alta con los que bajan de ella. —*Els vaig trobar girant es Pílo*. ¿Cuántas veces hemos dicho esta frase los ibicencos?

Allí se aprenden viajes, noviazgos, dolencias, riñas, preñeces, chifladuras, ascensos, nacimientos, traslados, bodas, mudanzas, rumores... En la academia peripatética del Pílon muchos adquieren el conocimiento mundano que les basta. Antaño podía mezclarse un tipo exótico en aquella urdimbre humana y la plaza se desojaba mirándolo. Pero hoy se entretajan allí todas las razas. Y llegado el verano, el vivo tapiz tiene, como los que representan las estaciones, frutos y desnudos...

ENRIQUE FAJARNÉS CARDONA
(de «La Ibiza de nuestro tiempo»)



Dalt Vila: un carrer i Marià Villangómez davant la seua casa natal, l'estiu de 1964.

